

JUAN CLEMENTE SÁNCHEZ

LA NIÑA QUE NACIÓ SIN CUERPO

¿Realmente nacían muertos los niños en aquella institución, o eran fruto de los robos para posteriormente entregarlos a familias adineradas?



«Sor Lucía era la responsable de las adopciones, jugaba a ser dios con los seres humanos, a determinar el destino de estos niños; para ello había tejido una red complicada, desde el camillero hasta el médico andaban en el ajo, las enfermeras y todo el personal del centro creaban aquella gran mentira, como la de los reyes magos, todo el mundo la admitía aunque aquel niño no era el destinatario, era el regalo para los afortunados, para los estafados, para los saqueados; les robaban hasta las raíces de sus entrañas...».

Encarnación García Corrientes está convencida de que antes de que ella naciera, su madre sufrió el robo de un bebé, el hurto del cuerpo de su hermano mayor. Les dijeron a sus padres que estaba muerto, pero la verdad es que le fue sustraído a Margarita, su madre. Dio a luz un niño sano, fue un parto normal, con dolor y con llanto de recién nacido, aún así se lo llevaron y no lo volvieron a ver más. Esto sumió a su madre en un pozo de locura. Pero Encarnación no se detendrá y se enfrentará a Sor Lucía y a sus propios demonios para saber la verdad.

*A Paco, Pedro Luis, Javier y Manuela,
sin ellos no hubiera sido posible.*

NOTA PRELIMINAR LOS NIÑOS SIN ALMA QUE NACIERON SIN CUERPO

Niños pobres y humildes, que vinieron al mundo en un hospital, también en manicomio, sin que las madres biológicas, que los fueron gestando en su vientre hasta llegado el parto deseado, inicien con ellos ese camino que se hace al andar por la vida de las manos de todas las madres del mundo. Mas ella, prisionera de sórdidos intereses privilegiados e incrustados en la sociedad, le ha impedido darle el beso y la primera caricia, ni cantarle la tierna nana: «Mi niño está llorando / no tiene cuna / su padre es carpintero / le va hacer una». Niño al que la madre no verá correr detrás de las palomas, contemplar los pájaros que saludan al cielo en la mañana. Es un niño sin cuerpo, sin alma. Es solo una mercancía en manos de un poder social protegido por la gracia de Dios. Bajo una dictadura a cuyo caudillo se le reconoce por no temblarle la mano al firmar penas de muerte. Su autoridad divina consta en la moneda de cambio con la frase, «Caudillo de España por la gracia de Dios». Y en esa España de posguerra, «Margarita estaba poblada por lágrimas desechables, sufría una pena inagotable, huérfana de amores y de hijos en aquellos pabellones desangelados, donde el desamor de los cuerpos la iba consumiendo de inseguridad, acababan esfumándose los besos que no se dieron en esos días aciagos». Todo

porque ha sido presa de un robo, esperado alijo. Uno más de los muchos que se comerciaban bajo tan inmenso y santificado palio, «Aquel hurto tan descarado, era un icono de la omnipotencia y la apropiación indebida de los frutos de los descamisados, el despojo por la violencia de los fuertes, de los investidos por la autoridad de la fuerza bruta». De rezo fingido al Señor de las alturas por las que participaron en el triste y endemoniado negocio con prebendas: robar estos niños de sus padres para entregarlos a familias pudientes, que los adoptarán como suyos, con la protección de un Dios en exclusiva para ellos.

Es el espurio y santificado crimen, capítulo ejercido por religiosas durante la dictadura española, dirigida bajo el palio sagrado y protector del Caudillo. Estigma poderoso para que el latrocinio cruelmente usurpador, pueda llevarse a cabo bajo la protección celestial del poder establecido.

Excelente historia que cuenta Juan Clemente Sánchez. Todo un logro de novela *La niña que nació sin cuerpo*. Donde el autor, sin demagogia, desde el compromiso de escritor con la palabra y su tiempo vivido, va narrando las existencias rotas de los de abajo. Esos marginados y perdedores de una madrugada cualquiera, buscando miseria en los contenedores. Excluidos bajo el mismo sino y destino, humillados y ofendidos, equilibristas en el trapecio de la vida de espaldas a la suerte de la oferta y la demanda, que pueden encontrar en un contenedor de basura un recién nacido abandonado.

La niña que nació sin cuerpo, es la segunda novela de un escritor honesto y realista, que ya nos mostró su valía literaria con *La rebelión del olvido*, amargo testimonio, testigo de cargo de la realidad histórica de un poblado y su gente alrededor del Canal de los Presos (1940-1962). Calidad literaria y compromiso temático donde el furor y la injusticia de los de arriba se ceba sobre los de abajo. Estamos ante una narración impregnada de belleza natural, fo-

tografías instantáneas de circunstancias, por la que transcurre y hace frente a la tragedia humana y social que plantea la historia real del tiempo sufrido y trasnochado por unos personajes enloquecidos, soñadores y apasionados por buscar su verdadera identidad. Con sueños imposibles dada la atmósfera social en la que se ven obligados a intentar vivir.

Juan Clemente Sánchez, con pulso literario admirable, rebosante de humanidad hacia esta España donde los versos de Antonio Machado, sencillo y cercano cantan con tristeza la realidad presente, «Españolito que vienes / al mundo te guarde Dios. / Una de las dos Españas / ha de helarte el corazón». Y el corazón se hiela en esta historia, donde la demagogia está ausente, tiene prohibida la entrada, para que no le reste ni un ápice a su vivo estilo literario, a su desafiador contenido. Envuelto en el amor y la tristeza del luto de los marginados, con la derrota en la mente y la espalda. El posible lector se encontrará con una historia de ficción, que se alimenta en parte de una realidad social vigente. Bien es verdad que transcurre en otro tiempo y espacio, pero igualmente representa la España de hoy con la nostalgia del poder fervoroso de los de arriba y el sospechoso silencio de los representantes del Dios de las alturas aquí en la tierra. Todo un canto solidario a los derechos de la mujer. Con una desnudez maternal que muestra sus ciertos valores y el sufrimiento padecido por el crudo negocio protegido del robo de recién nacidos, a las indefensas madres soñolientas por los soporíferos aplicados. Que al despertar se encuentran con la monja «caritativa» que con beatífica ternura les dice, «Su hijo ha fallecido, y ya se encuentra enterrado y su alma en el cielo junto a Dios todopoderoso».

Francisco Vélez Nieto

Presidente de honor de la Asociación Colegial de
Escritores
de España, sección autónoma de Andalucía, ACE-
Andalucía.

I

La niña que nació sin cuerpo cambiaba de color y de forma en función de su estado de ánimo; cuando se enfurecía se veía como una diosa ardiendo, como una espadaña en llamas, cuando se iba calmando y la ira desaparecía tomaba la forma de un charco redondo, cuando estaba tranquila tenía la forma de una balsa de aceite y la voz profunda de aparato de radio, era una voz ronca, de barítono bajo, rota como un trago de orujo añejo de caña de azúcar tronchada, cascada como garganta con placa y enrojecida por una catarata de cotorras diminutas, aguardentosa y alambicada en la mucosidad de las palabras, con una cadencia misteriosa, eléctrica como el rumor de las cigarras con su gelatina de pomada incolora y curativa, de alguna manera ella era una suerte de bálsamo para su familia, sin duda la mejor de las medicinas, a veces, toma la forma de un caracol sin antenas enroscándose sobre sí misma y sin cascarón, formando una espiral, como una tuba por la que ella no sabría circular sin desentonar, dejando un rastro de plasma aunque ella nunca dejaría que la compararan con una babosa, a veces también le salían reflexiones amargas y la viscosidad de palabras odiosas.

Su madre creía que ella era solo una rotura de aguas, un parto líquido que culminaba un embarazo imaginario, pero no, su primer hijo nació muerto, o al menos eso es lo que dijo aquella monja que era la persona que daba la im-

presión de ser la que más mandaba en aquella clínica; ella no sabía muy bien a qué se debía tanta autoridad, pero la exhibía sin ningún pudor ni cuestionamiento ni por los médicos ni por el personal auxiliar; le dijo que el bebé se quedó muerto poco después del parto.

Pero esta, su primera hija, parecía un poco rebelde, era ciertamente una insumisa y daba la impresión de ser también un poco desobediente, tenía una organización líquida, ella era toda materia, toda inteligencia, pero algo inconcreta, ¿qué le iba a hacer?, si le había salido algo dispersa, su madre no sabía qué hacer con ella, en este mundo tan cruel ¿qué iba a ser de su fragilidad incorpórea?

Margarita a veces pensaba que esto debía de ser un castigo por haber ido a la recolección de algodón en la recta final de su embarazo, a la finca de Mariano Calvo que estaba enclavada dentro de los límites del manicomio; su hija tenía la forma de una nube blanca, era indeterminada, rodeada de suave lana, ingrávida como una nebulosa de esferas deshilachadas, tenía formas abombadas como una masa transparente y parecía que tenía neblina en la mirada, creía que le habían echado algún mal de ojo los locos, esos que se montaban en el autobús que cruzaba aquel mundo delirante y paraba dentro del hospital psiquiátrico; una vez uno de ellos, Julio Puertas, le dijo que él prefería trabajar en la recolección de las sandías, que colgaban de los árboles, o al menos era lo que él creía, nunca había visto una mata arrastrándose y dando frutos en la ciudad de la que provenía, Julio Puertas creía que el mundo era como él lo imaginaba, pero no, se equivocaba, todavía no habían aparecido los objetos volantes sobre su cabeza, pero sí las sandías suspendidas en las ramas de sus fantasías delirantes, parecía culto y decía que las vacas de allí estaban locas y tenían la lengua azul, que se comían las hojas y los frutos de estos árboles, y eso no podía ser, él era vegetariano y había leído que las vacas solo comían pienso en los establos, que estaban encasilla-

das en naves divididas y colocadas en sus plazas delimitadas por barandas y no estaban sueltas como por aquí, todo desorganizadas, sin vaqueros ni nadie que las cuidase, estas terneras eran unas auténticas ácratas, siempre rumiando sus pensamientos inconcretos y las hojas de los árboles incautos, él insistía en que trabajar en la recolección del algodón era muy agradable al tacto, pero había que inclinarse ante las motas en flor y la sumisión daba en la espalda mucho dolor y los niños nacían marcados por esa posición; a lo que ella ni siquiera contestaba por no contradecir a un enfermo mental que decía esos disparates, no fuera a enfadarse y liase un alboroto allí en medio del autobús que iba de camino a la ciudad; tenía que pasar por todo el centro de la locura, el demente daba su disertación pero solo estaba interesado en que le diese un caramelo, el algodón de azúcar de las fiestas del lugar le gustaba mucho más, pero eso en el trayecto nadie lo solía llevar, algún vicio tenía que tener aquella alma de cántaro, que patinaba en la lógica cuando decía «que tenía prisa» mientras arrojaba al suelo piedras que sacaba de sus bolsillos, que previamente había recolectado, llenándoselos como si fueran dinero. Aquel demente empezaba a sentirse como más liviano, mientras decía: «voy a coger un tren de Iberia» y cuando se le preguntaba ¿dónde vas?, él contestaba: «a ningún sitio». Entretanto, hacía otras cosas extrañas, tenía una cuerda atada a una lata, le guardaba la tapa de chapa y la escondía en su regazo como un tesoro clandestino con el que él jugaba, acariciaba la lata como si fuese una mascota, decía que era un poco quisquillosa y él la trataba como si fuese su gata, era un animal de compañía imaginario, le siseaba para que callase, no fuese a emitir un «miau» que lo delatase con su ronroneo y tuvieran que bajarse del autobús, pues el conductor tenía muy malas pulgas y no quería que los animales subieran a la viajera, estaba terminantemente prohibido, el desequili-

brado tenía una candidez adorable, pero ocultaba sus secretos inconfesables debajo de su ropa desaliñada.

Al vehículo destartelado, al que llamaban viajera, le temblaban los cristales y los asientos parecían flotantes, le faltaban agarres y simulaba localidades de las atracciones de la calle del infierno, les faltaban innumerables remaches que les sujetaran las chapas, con la pintura carcomida y el óxido que las devoraba; sin embargo, seguía su camino sinuoso como una serpiente del valle, bajaba desde la torre albarrana como el agua baja, pasando por la noria, y en la alberca tenía otra parada, cruzando el Miradores por el antiguo puente romano disfrazado con su alquitrán negro y sus ojos claros, seguía para adelante, pasaba por las moreras de la Casa Cuna; cuando estaban maduras las moras y las hojas verdes para los gusanos de seda, desde la ventanilla cogía algunas con las manos al hacer la parada en el cruce. Eran unos pirados inofensivos, los adaptados eran los que podían salir a pasear, la medicación los dejaba sin voluntad, solían tener la mirada perdida, les venía bien pasear y tenían permiso durante el día, después volverían a pernoctar, estaban en la frontera y si la traspasaban ya llegaba el electrochoque que les daba el visado para el enajenamiento, eran seres alienados, no estaban rematadamente desquiciados, ellos como el autocar, que traqueteaba y tenía más tornillos sueltos que cualquier criatura demencial. Todavía recuerdan aquel que estaba con la mirada extraviada y los ojos desencajados, haciéndole órbitas como si estuviera poseído por sus propias diabluras.

Margarita se puso de parto, cuando pasaba la viajera por medio del psiquiátrico, aquel autobús destartelado, que servía de corsario entre la gente del valle y la que se había ido a trabajar a la ciudad, llevaba recados y objetos a ambos lados de su trayecto sinuoso, estaba bastante perjudicado, era notorio su estado más propio de desgualce que de autobús de línea reglado; se abría dilatándose

sus rajas, más que ella aún con su rotura de aguas, crujía y traqueteaba más que el dolor de las contracciones. Le llamaban «El Congo», por las aventuras que había vivido, en sus interminables años de servicio, sobre todo cuando se paraba en mitad de la subida a la cuesta del vivero y los pasajeros tenían que empujar, más que Margarita en aquellos momentos, hasta llegar a la cima y desde allí, cuesta abajo poder llegar a su destino, sin motor, en caída libre, cuesta abajo y sin frenos, entraba como un huracán por la vereda de Poco Aceite, con el conductor tocando el claxon como si fuera una sirena, y los pasteros sacaban los pañuelos en señal de urgencia por las ventanillas, para que dejaran paso a aquel monstruo que los llevaba a los confines de aquel mundo extraño, donde no había ambulancias, estaba poblado por las carencias y por talleres que se inventaban las piezas, para poder reparar aquella línea maltrecha que los unía con el resto del mundo. Menos mal que allí estaba «El Bujía», que reparaba todo lo que caía en sus manos, tenía un torno, limas, fragua y todo lo que hiciera falta, cuando aparecía, los motores empezaban a temblar con el árbol de levas revolucionado, los miraba y pronto sabía si era un calentón que había tenido por una fuga del radiador, le daba un poco de estaño, un poco de soplete, lo mezclaba con cobre y lo reparaba como si fuese más fácil que un pinchazo de caucho, le echaba un agua verde, como si tuviese algas, lo ponía en marcha e iba como la seda. En un mundo tan olvidado y desestructurado como este, cualquier cosa podría ocurrir y cosas como estas podían sorprender a los habitantes del valle, que parecían curados de espanto y nada de este mundo les resultaba imposible.

A Encarnación García Corrientes la colocaban en cualquier lugar de la casa, podía tener la forma de un jarrón decorativo, sosteniendo un hermoso ramo de flores, como una maceta de pensamientos de colores y a ella entreteniéndose, le gustaba hablar con los pensamientos.

Otras veces, la apoyaban en el regazo de su tío Rafael que estaba en un carrito de ruedas, con las piernas cortadas, era la persona de la familia que más se parecía a ella, a él también le faltaban miembros y porque a veces permanecía en una nebulosa rodeado de humo. Fumaba unos cigarros que se llamaban «Ideales», contaba que hizo la mili en África, los cigarros que fumaba le hacían evadirse, se olvidaba de la silla de ruedas, y se dormía plácidamente en cabezadas largas que le llevaban a vivir sus sueños, se transportaba a un oasis antiguo en el que tenía en activo sus piernas y todos sus miembros, él recordaba que alguna vez fue feliz y siempre que podía volvía allí.

Decían que los que viven allí, en aquel valle, estaban todos un poco pirados, por el viento horroroso que hacía normalmente, era tan fuerte que silbaba como sirenas que se llevan el juicio, a casi todos se les iba la cabeza con el zumbido constante sobre los tímpanos, dejando a sus habitantes cuando soplaban con fuerza al borde del desquicio, pero al vivir al lado del aeropuerto con el ruido de los motores al despegar y al aterrizar, en un vaivén incesante, más rápido que los pensamientos, antes de que se fuera uno llegaba otro a ocupar su hueco, era un ir y venir de aeronaves que se metían en la cabeza, el sentido común viajaba más y todo volaba en sus seseras, con tanto trajín se les volaban las entendederas.

Mientras, en el aeropuerto viejo, permanecían las argollas de aquel tiempo en que se ataban los aviones para que no se los llevara el viento, eran las huellas de aquella época en que los amarraban sin complejos y algunos eran sorprendidos flotando como almas aerostáticas, suspendidos como globos gigantes que permanecían en el aire como vencejos.

La convivencia constante con los enfermos mentales del hospital hacía que la realidad cotidiana fuese algo especial, se superaba la barrera del sonido y la frontera de la realidad, la realidad en este contexto tan caótico era esen-

cialmente falsa, se estaba improvisando constantemente, los acontecimientos iban cuestionando todas las certezas, todo tenía una explicación inexplicable, como si fueran azotadas siempre por huracanes de dudas y de disparates, había que convencer a todo el mundo de cualquier cosa, hacer que todos creyeran algo increíble, con una argumentación no convincente, aunque machaconamente repetida; en cuanto alguien pensaba algo diferente se venía abajo la ficción del castillo de naipes y había que reconstruir nuevamente un nuevo mundo, un nuevo imaginario colectivo, con la televisión hipnotizando incautos, con la iglesia anunciando paraísos perdidos con tanta efectividad como los de la publicidad, con la escuela adoctrinando a los chavales, con la palabras pervirtiendo significados y adormilando conciencias con eufemismos, con la prensa creando o interpretando una ficción que la vende como real, todo puesto en compra y venta en el quiosco de la ceguera demencial.

Su abuela Olvido que se sienta en su silla de aneas, quieta, sin acordarse de nada y no reconociendo a nadie, era de las pocas personas que la veía como una amiguita imaginaria, la veían hablando sola y parecía que desvariaba y discutía con el aire, gesticulando en su diálogo incurable, dando instrucciones todas las tardes. Aleccionaba a su nieta, porque con ella no necesitaba recordar nada, con Encarnación solo imaginaba, ella veía lo que pensaba y creía que era realidad todo lo que fantaseaba, no la creían porque decía cosas fantásticas, los médicos les habían dicho que no le llevaran la contraria que la alteraba y perjudicaba su estado, había que procurar que estuviese tranquila, ella buscaba también en su regazo la tranquilidad de la abuela, esa que da estar desconectada de todos los problemas.

La madre así la siente, como una presencia de algodón que siempre la acompaña y le habla. Una vez perdió la voz y no se encontraba, tenía voz propia, había conectado con

su forma única de sentir y de percibir el mundo, nadie podía hacerlo como ella. Y eso le hacía expresarlo como un mundo propio e inimitable, ella hablaba sola, podía escucharse a sí misma, era su voz interior, una voz única, era la esencia de su ser, la misma esencia del ser humano, la que se manifestaba a su través, ella era todo mundo interior, pero si quería se podía ver expulsada de su cuerpo, comprender la ruptura de su figura, vivir sin la cobertura de su silueta la descomposición de las formas, fracturando el espacio y sintetizando el tiempo. Se crio en la esencia del mundo, mientras los perros ladraban a un punto donde aparentemente no había nadie. Ella permanecía en su estado semitransparente, como un espectro fugaz, casi inexistente, como una banalidad a la que nadie tiene presente. Permanece en la vida de las sombras, como si se destruyera sola en innumerables trozos, sin el molde que dé imagen a la obsesión que ella tenía por la anatomía de sus trazos, lanzándose a interpretarlo en el espejo y que pudo disfrutarlo durante su embarazo, antes de que fueran a robarlo y su identificación se acabase frustrando y su aspecto deformado rompiéndose en mil pedazos.

Los problemas de supervivencia están abiertos como sus carnes marcadas por las heridas, ella estaba hecha de la misma materia que los sueños, la memoria de los muertos aparece en sus pensamientos antes de ser pensados. El mayor crimen es haber nacido, ni siquiera tiene un cuerpo deforme o una enfermedad repugnante, su estado nos habla de que nunca debería haber nacido, de que no tenía derecho a existir, se siente machacada cruelmente por esa idea de que era la portadora de una culpa original, idea que se le ha metido en la cabeza como un cuerpo extraño, como un grano de arena en el ojo, desorganizándose su autoimagen, derrumbándosele su visión de sí misma.

Ella sentía la bestialidad con la que azota el mundo a estas personas frágiles, con sus accidentes y sus tragedias,